

# JOSÉ SARAMAGO. REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA Y OTROS ENUNCIADOS

-----

**Eduardo Miranda Arrieta**

...que veces la Historia parece un sueño que es un sueño que estuviésemos intentando recordar y que, en ese esfuerzo, al mismo tiempo que vamos consiguiendo poner a la vista algunos pormenores ocultos, vamos también modificando el propio sueño, alterándose, por lo tanto, no sólo en su significación inmediata como en su sentido profundo. Vamos de historia en historia cómo vamos de sueño en sueño.

José Saramago. *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*

## **Introducción**

**E**l Poder y la Palabra fue el tema escogido por los profesores Juan Marchena Fernández y Fernando García Lara para el programa de doctorado en Historia de América Latina, que se ofreció en la

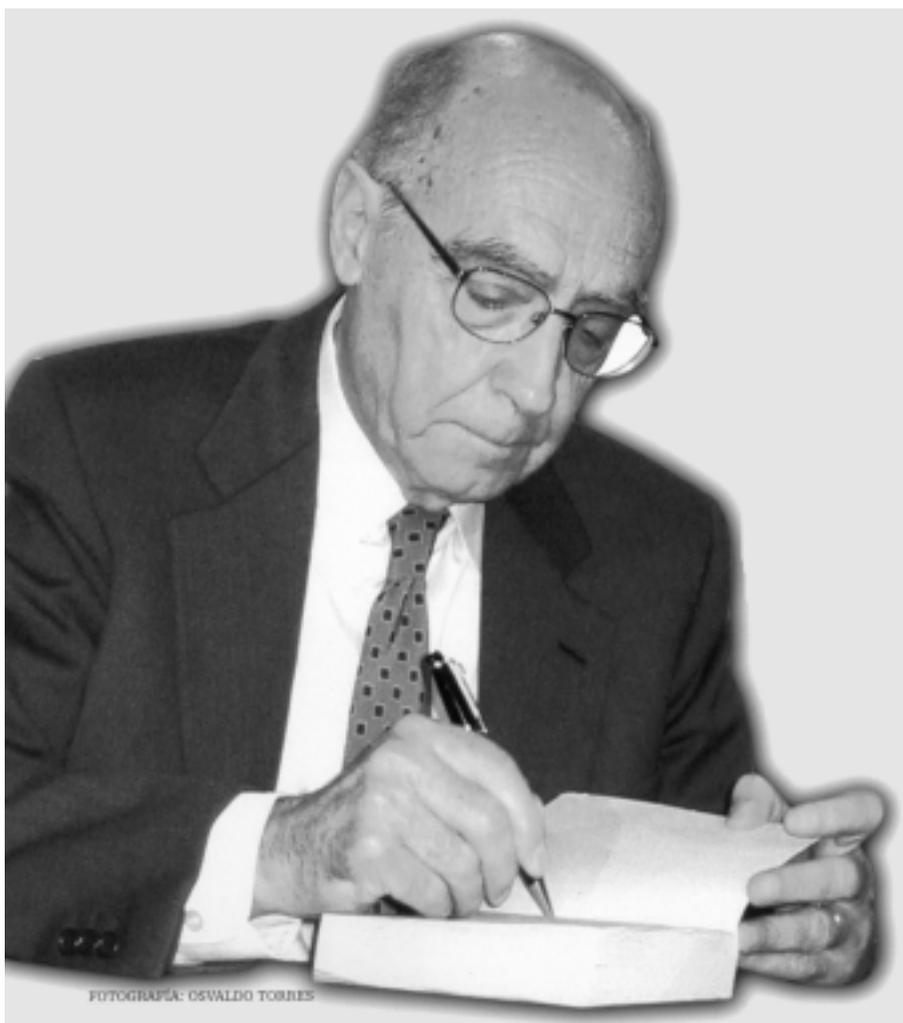


Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Correo electrónico: mirandae@hotmail.com

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 42, julio-diciembre de 2005.

Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla, España, para el ciclo 2001-2003. Dirigido a graduados latinoamericanos, españoles y del resto de Europa, tuvo el propósito de analizar las estrechas relaciones entre el poder y sus diversas manifestaciones escritas referentes al universo americano, desde su formación prehispánica hasta la contemporaneidad; de analizar, en definitiva, “la historia americana desde el vehículo de expresión que la sustenta: la palabra, no sólo como fuente histórica, sino también por su valor en sí misma, como manifestación y soporte del mismo poder”. Para los cursos que se desarrollaron, se contó con escogidos especialistas europeos, latinoamericanos y estadounidenses, los cuales, durante una semana cada uno, disertaron materias diversas y de distinta temporalidad, pero sin perder de vista el tema central que daba título al programa. Como novedad, se insertó, independiente de los módulos docentes ordinarios, un Taller de Creación Histórica, en el que intervinieron destacados autores de la literatura iberoamericana, con el objetivo de que éstos compartieran con los historiadores sus experiencias sobre la relación entre la historia y la creación literaria, no sólo por la necesidad de mejorar la expresión lingüística de los doctorandos, sino para formarlos en el mejor manejo de la técnica “y la fuerza expresiva del relato literario para la transmisión de los conocimientos históricos”. De la docena de autores invitados a este taller destacó la presencia del portugués José Saramago, Premio Nobel de literatura en el año de 1998.

Se programó una semana la duración del curso por cada autor. En su turno, el novelista José Saramago dejó sentir su palabra, que surgía (así lo dio a notar) de lo más profundo de su sabiduría e ineludible sinceridad. Fueron palabras que representaban ideas nuevas, ideas anteriores, ideas del instante, ideas compartidas, siempre, con la aspiración de encontrar una nueva, y la capacidad de reconocer las dichas por otros, quienes han enriquecido el pensamiento humano. Sin perder de vista el tema del programa, su esfuerzo inicial y principal se centró sobre su experiencia en la creación narrativa y la percepción que mantiene del historiador y la manera de hacer historia. No obstante, fueron inevitables (propias de su oficio como escritor), las



reflexiones filosóficas y sobre religión, así como también (en el marco de la guerra declarada y producida por Estados Unidos contra Irak), las deliberaciones políticas. La mayor parte de sus palabras, pronunciadas en un pequeño salón del antiguo Palacio de la Diputación Provincial, en pleno corazón de Sevilla, surgieron de las preguntas y comentarios que le hicimos varios de sus alumnos. Estas últimas no son visibles en este texto que ahora presentamos para conocer lo dicho por el escritor, mas se comprenderá que los temas que se abordaron emergieron de las inquietudes de más de 20 estudiantes de doctorado, en su mayoría historiadores.

Quizá, mucho de lo que aquí se presenta haya sido publicado por algún periodista en alguna parte del mundo, pues siendo este novelista muchas veces entrevistado (como lo hace saber en sus Cuadernos de Lanzarote), no podemos presumir de presentadores de cuestiones inéditas de su pensamiento. Sin embargo, las reflexiones que ha hecho sobre la historia y los historiadores encuentran su propia notoriedad en tanto son dichas por alguien que ejerce el oficio de literato, cuyas propuestas pueden estar, tal vez, más allá de las que los propios profesionales del pasado hayan concebido. Finalmente, el propósito del programa: “El Poder y la Palabra” era ése: compartir experiencias con personalidades de capacidad narrativa para poder valorar la relación entre la historia y la creación literaria, con la intención, explícita o no, de encontrar métodos de expresión y construcción propias para restarle, de alguna manera, rigidez a la forma del texto histórico. Podríamos haber reducido estos apuntes a lo expuesto sobre dicho tema, pero bien vale la pena dejar constancia de todo lo dicho por este autor de importantes obras como *El Evangelio según Jesucristo* y *Ensayo sobre la ceguera*. No darlo a conocer hacía correr el riesgo de prescindir del conocimiento rico y profundo que tan generosamente expuso el escritor José Saramago.

### **El poder y la palabra**

**Eduardo Miranda Arrieta:** El inicio del taller con el profesor no podía ser mejor que hablar del tema del programa de doctorado propuesto. Se anticipó a decir que él no había inventado el tema. Pronunció unos

cuantos enunciados, unas cuantas variantes sobre la “palabra” y llegó a esto:

**José Saramago:** El poder y la palabra, la palabra y el poder, la palabra del poder, el poder de la palabra, la palabra sin poder, el poder sin palabra, y se podría añadir algo más... Que el poder tiene la palabra, la tiene; además, hace un uso desmesurado de ella, sólo basta leer los periódicos, esa especie de inundación de palabras que ahogan. La luz más funcional, más eficaz de la palabra la tienen los escritores, los intelectuales, los científicos, los sociólogos... Parece que uno se siente agobiado por la palabra que no nos pertenece.

No todas las palabras le pertenecen al poder, pero parece que las ha usurpado. Pero eso tiene alguna explicación, supongo. Con esto, quiero que se entienda por qué, por ejemplo, la palabra *sindical* tiene tan poca importancia, tan poca fuerza. Cómo es eso que la palabra de los políticos, incluso de los políticos de izquierda, tenga una influencia tan reducida; probablemente porque se están repitiendo eslógans; probablemente porque el discurso no ha encontrado las palabras justas para expresar la complejidad del mundo actual; probablemente porque queremos ganar las batallas de hoy con las armas de ayer; probablemente porque nos faltan ideas; probablemente porque no hemos sabido contrastarlas, porque no hemos sabido dialogar con quien habría que dialogar. Entonces estamos usando palabras, y al mismo tiempo somos asediados por ellas, como por una muralla: las palabras que usamos para expresar el mundo se transformaron en una especie de muro que nos impide que usemos las que el mundo necesita para cambiar, o por lo menos para tener parte en el cambio.

Pero lo que no se puede negar (y eso creo que está implícito de alguna forma en el tema impuesto para el doctorado) es que en el fondo lo que se pretendería debatir aquí no era el poder y la palabra, sino la palabra del poder. Y si pensamos en esta última, allí estamos todos. Porque el padre tiene la palabra del poder, el maestro tiene la palabra del poder, y así infinitamente: el juez, el policía, lo que sea, el

dueño del restaurante tienen su palabra: él ha hecho un menú y tú vas a elegir lo que está allí, no te pasa por la cabeza pedir otra cosa; va, por lo tanto, una forma expresa de autoridad: esto es lo que yo tengo y usted tiene que elegir lo que yo le propongo. A donde yo quiero llegar es que, en primer lugar, no se hace nada sin la palabra; es necesaria, no tenemos otra forma de construir una idea y sobre todo de pasarla a los demás. Comunicadores sociales somos todos: los escritores, los profesores de historia, algunos periodistas. Pero cuál es la materia de esa comunicación: la palabra. Y la palabra la tenía mi abuelo. El hombre más sabio que yo he conocido en mi vida, y no sabía leer ni escribir, era mi abuelo materno. Esto yo lo he dicho en la Academia Sueca, a los señores de la Academia, a la brillantez de la asamblea reunida; la gente estaba allí, todos capitalistas, todos muy simpáticos, todos muy bellísimos, todos intelectuales, todas magníficas personas, y he dicho: yo vengo de una familia que criaba cerdos y los vendía. En el invierno, cuando había dos o tres cerditos más débiles, mi abuelo los llevaba a la cama, pero no era por la ecología, o porque le gustaran mucho los animalitos, no, sino porque no se podía morir un animalito, porque el pan estaba allí (significaba quince días de comida, la vida de un cerdito).

A estas alturas, con los 80 años que tengo, yo siento el miedo de mis abuelos. Y ellos tenían unas cuantas palabras (cuántas tienen ustedes: tres mil, cuatro mil o diez mil; pero en el fondo, ellos tenían todas las palabras que necesitaban. Las palabras de los animales, de los árboles, del campo, del trabajo. No tenían, probablemente, muchas palabras de ese vocabulario extensísimo que nosotros usamos. A lo mejor algún día pudo ella haberle dicho a mi abuelo, si es que se lo permitía, las palabras “te quiero”, pero no necesitaban de eso.

El poder necesita palabras para convencernos o para intentar convencernos de que los hechos, como los que van a llegar ahora [refiriéndose a la guerra de Estados Unidos contra Irak], son justos y necesarios. Pudiendo dominar y usar los cañones, los blindados, los aviones, aún así intentan convencernos a nosotros; ayer, una vez más, el señor [José María] Aznar ha dado una entrevista repitiendo hasta

la sociedad lo que ya sabemos; pero aún así, ellos insisten. Lo que pasa es que a nosotros -y cuando digo nosotros, me permito yo unirme a vosotros-, nos faltan las palabras, nos faltan las palabras necesarias. Ése es el drama, el drama de la ciudadanía que baja a la calle a protestar y pone carteles y lleva pancartas, eslógans, cosas que riman, cosas que no riman, esa especie de fiesta de la protesta.

En el fondo, parece que estamos usando, y las estamos usando, palabras para expresar la protesta, la indignación, pero nos damos cuenta, y eso es bueno que nos demos cuenta, que nos faltan las palabras movilizadoras. Yo puedo usar palabras que movilicen en una manifestación, pero yo quiero saber hasta dónde puedo llegar con esas palabras. Cuando yo hace tres días, en Bilbao, he dicho que hay que reinventar la democracia, en el fondo es eso, es buscar las palabras nuevas, y no tenemos palabras nuevas si no tenemos ideas nuevas. Y reinventar la democracia, ¿qué es lo que sería? Acabar con una situación, y tampoco yo sé cómo es que acabaremos con la situación, porque el ejercicio democrático de la ciudadanía está amputado. Nosotros podemos quitar un gobierno y poner otro, eso no cambiará nada, porque no podemos llegar adonde se halla el poder real y efectivo, ese otro poder que está por encima, que es el poder económico, que son las multinacionales, que son las grandes corporaciones. Allí, a eso, no podemos llegar.

Y decir, ahora: no vamos a beber Coca Cola, ahora vamos a beber otra cosa, esta conducta no sirve, porque no cambia nada. Lo que está pasando en América, al menos lo que yo sé, con los movimientos populares, no es que todo eso se resuma en palabras que van a sustituir a otras, no se trata de sustituir unas por otras, sino de encontrar las palabras que expresen efectivamente, y con capacidad movilizadora suficiente, lo que tiene que ver exactamente con ese mundo a quien ha sido robada la palabra. Y ni siquiera robada. Se les permite que hablen. Pero si yo voy a Chiapas y encuentro justo en la selva lacandona anuncios de Coca Cola, instalaciones para embotellar este producto, la palabra, pues, está allí, es como Dios. ¿Y dónde están las otras, las que quiten esa palabra? La multinacional dirá: nosotros

estamos aquí para satisfacer el gusto de los chiapanecos, que les encanta la Coca Cola, por lo tanto cómo le vamos a hacer. Sí, el poder tiene la palabra y la está usando, pero a nosotros nos hace falta.

Se puede expresar una sinceridad, quien se pone una gorra del Ché Guevara, con la estrella roja, en el fondo le gustaría ser Ché Guevara. No es una máscara, está expresando algo. Yo no sé si tenemos que crear símbolos nuevos. Pero tampoco vamos a crear símbolos si no tenemos ideas. La izquierda [política] de hoy es la ausencia de ideas. Y no hay ninguna posibilidad de cambiar las cosas sin ideas. Éstas son una hoguerita que está allí al centro y que atrae a la gente. Y cuando yo he estado diciendo que no podemos ganar las batallas de mañana con las armas de ayer es porque hemos dejado ir ideas que han sido fuertes, potentes, justas y justicieras. O hacemos algo con lo que se llama democracia, o estamos perdidos. Yo mismo estoy buscando. La democracia no puede ser más, aunque no lo ha sido nunca, que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, una definición, digamos, clásica griega (que tampoco era democracia entonces y ustedes los historiadores lo deben saber mejor que yo). Ahora, el hecho de que los gobiernos se convirtieron en emisarios políticos del poder económico, ése es el drama. Y cómo es que podemos romper la espina de ese otro poder incontrolable. Porque, por acción u omisión, los que nos gobiernan son cómplices. No están con nosotros, están con ellos. Y los parlamentos, ¿qué es lo que hacen? Por momentos lo han logrado: quebrar la energía, la voluntad del movimiento sindical internacional. Lo han hecho sin que nadie se dé cuenta, curiosamente. De un momento a otro los sindicatos, ¡push!: nada, desaparecieron.

La historia de la humanidad se podría contar por la historia de las migraciones, las grandes y las pequeñas migraciones. Cuántos latinoamericanos hay en España, llegan aquí todos los días. Y esto cambiará a España. Pero, por otra parte, hay situaciones que son perversas. En una rueda de prensa ya hablé de esto, los periódicos no lo recogieron: Aquí en España se ha querido crear un ejército profesional. Contra la voluntad de la juventud, el gobierno impone el servicio militar, que tiene que ver con la formación de un ejército

profesional. Ahora, ¿qué están haciendo?: incluir a los latinoamericanos que pueden entrar a las fuerzas armadas de España, y eso se parece mucho a un ejército de mercenarios. Están en un ejército que no es el suyo, que no es la bandera suya... Pero nosotros, que tenemos un poquito de responsabilidad, tendríamos la obligación de decir: qué es lo que está pasando, mas todavía la respuesta no existe; no existirá nunca si no nos planteamos muy seriamente el problema de que no tenemos armas, y las armas, en nuestro caso, son las ideas, y no las tenemos. Pero no podemos llegar a tenerlas si no pasamos por un debate, y, sobre todo, si no ponemos las ideas antiguas (útiles algunas de ellas, necesarias e indispensables), con todo respeto, en su sitio.

En la sagrada familia, Carlos Marx y Federico Engels han escrito una cosa tan sencilla como ésta: “Si el hombre es formado por las circunstancias, entonces hay que formar las circunstancias humanamente”. Reconocernos los unos a los otros por el respeto a esta fórmula es la clave. Fórmula que no es vacía, por el contrario, está llena de todo: cualquier cosa que se pueda decir sobre la relación humana y sobre la necesidad humana, llegar a la humanización, al respeto, asimismo, al respeto por los demás, todo lo que queráis, está contenido allí. El capitalismo no lo hace, no nació para eso. Y mejor sería que reconociéramos que el socialismo tampoco lo ha hecho. Porque sabemos que las circunstancias que estamos viviendo millones y millones de personas, no son humanas, no lo han sido nunca, y todo apunta a que no lo serán.

### **Sobre la naturaleza del hombre**

**EM:** El profesor Saramago había declarado para la prensa de Sevilla, dentro del contexto de la guerra de Estados Unidos contra Irak, que “el presidente Bush es un hombre duplicado, mejorado, del presidente español José María Aznar”; ello en alusión, claro está, a su reciente novela publicada, *El hombre duplicado*. La nota fue recordada en clases y el profesor aclaró que lo dicho sólo había sido una broma. De todas

maneras, ello permitió reflexionar acerca de ¿cómo operar, quienes nos dedicamos a las Ciencias Sociales, con esa inmensa cantidad de duplicados con los que uno en la vida se topa? ¿Cómo operar con ese material que a veces puede ser un duplicado hermoso, o puede ser un duplicado nefando, como los presidentes citados? Lo que dijo el profesor fue lo siguiente:

**JS:** Bueno, ya está claro, desde hace un par de años, que el yo es una idea falsa, el yo no existe. Y si esto ha sido enunciado, en el fondo, desde antes, los escritores, los poetas ya se habían dado cuenta. Ustedes dicen duplicado, y yo digo multiplicado, porque dentro de nosotros existen muchos.

Y lo que tenemos que hacer, si queremos vivir en sociedad, si queremos vivir bien, más o menos en paz, es elegir uno de nosotros; mas eso no es tan sencillo como lo estoy diciendo, claro. Para eso tenemos que tener estacionados los cinco o diez que habitan dentro de uno, y que a veces, es sorprendente, salen con gestos y palabras. Decimos, cómo ha podido él decir esto, cómo ha podido hacer aquello. Si nosotros fuéramos nada más de una pieza, un bloque, allí estaríamos siempre; el criminal sería siempre criminal. Y no. Porque aún éste no sólo es criminal, hay más dentro de él. Y la buena persona, simpática, generosa, es capaz en un momento determinado de una canallada. Es decir, esto quizá sea una idea fácil, porque entonces la parte buena que hay en nosotros no tendría la culpa de lo que está haciendo el otro. Y tampoco esto se puede predecir. Lo que pasa, y lo que ha pasado mucho, es que esto puede ser en nosotros un conflicto o puede no serlo, uno puede llevarse la vida con esa conciencia de que hay cosas que le gustaría hacer. En relación con las cosas que son malas, sombrías, oscuras, no lo hace, lo controla, y hay veces que no lo logra, que eso sale. Y a veces, en ese esfuerzo de hacer de esta pluralidad y dar una apariencia de unidad, a veces esto se resuelve en la locura. Y qué es eso de que hay un yo permanente, un yo que está allí siempre. No. Somos plásticos, siempre estamos cambiando. Lo que pasa es que, en el mejor de los casos, vamos cambiando dentro

de los que somos, no nos convertimos en otra cosa. Vamos cambiando en la misma dirección. Si uno piensa en su propia vida, se da cuenta que en ciertas circunstancias ha podido estar al borde de ser, de convertirse en otra persona. Una tentación, una misión, todo eso puede ocurrir. Por lo tanto, es casi un milagro que nos mantengamos dentro de una cierta apariencia de unidad.

### **El historiador y el novelista**

**EM:** Pronto habría de aparecer el escritor Saramago, sentado allí, frente a sus alumnos, ejerciendo su propio poder, el de quien enseña. Desde su perspectiva de novelista, emprendió su disertación sobre el tema central a que se convocaba: la valoración de la relación entre el oficio de historiador y el de novelista. Esto fue lo que expuso:

**JS:** Es cierto que la literatura, la novela histórica intentará rellenar, pero la historia podría hacerlo. Una historia que se escribe una vez, no se repite, no se repite como si fuera la única historia posible; es decir, el trabajo de los historiadores va aclarando, rellenando parte del espacio que queda en dirección de una historia más completa, más perceptible. Claro, siempre quedará algo. El novelista podría no trabajar sobre ese espacio vacío. En primer lugar, no puede trabajar sobre un espacio vacío, necesita las referencias del historiador. Hay novelas históricas que se quedan ahí, no hacen nada más que dar una versión romanesca de lo que pasó en la realidad: por lo tanto, la realidad histórica puede estar de un lado, puede estar de otro, o puede estar en uno y en otro. Es decir, tratar de rellenar los vacíos con la imaginación; pero la imaginación tiene que tener una referencia a lo que ha estado históricamente comprobado. Veamos el caso [de mi novela] *Memorial de un Convento*. Hay tres personajes principales, una mujer que se llama Blimunda, un hombre que se llama Baltasar y un padre jesuita que se llama Bartolomeu Lourenco de Guzman. Este último es un personaje histórico. Nació en Brasil, se fue a Portugal, era un inventor un poco extraño, raro, que había ideado lo que él

llamó la *passarola*, una máquina para volar. Yo sabía de la existencia de ese padre Guzman, pero no lo ubicaba en el tiempo. La máquina de volar entró en la mitología nacional. Incluso en la historia de la aeronáutica hay unas palabras para él como un precursor. Entonces este dato me ha servido para escribir la novela.

### **El historiador y la manera de hacer historia**

**EM:** No obstante las diferentes inquietudes, la pretensión de los historiadores en el taller fue siempre la misma. Era evidente que no se quería desaprovechar la oportunidad de conocer la percepción que el profesor Saramago tiene del historiador y de la manera de hacer historia. Sobre este asunto, que abordó en distintos momentos y ahora presentamos como si hubiera sido en uno sólo, comentó:

*(Primer comentario):*

**JS:** En mi novela *El Hombre duplicado*, Tertuliano Máximo Alfonso [el personaje principal] tiene una teoría: la historia debería enseñarse desde el presente hacia el pasado. Porque si lo hiciéramos, si pudiéramos empezar con el presente, que en el fondo es lo que la gente más o menos conoce, [la historia] se aclararía muchísimo más. El presente puede no conocerse totalmente, pero del pasado no conocemos nada, y cuando yo digo conocer es experimentar: es decir, yo no puedo experimentar nada de lo que ha pasado: si hubo una peste en el siglo XIII me da igual, ella no me toca, pero si hay una peste en el siglo XX (y tenemos una, que es el SIDA), ésa puede tocarme. Por lo tanto, me importa más el SIDA de hoy que la peste del siglo XIII. Si entendiéramos mejor el tiempo pasado, si pudiéramos dar dirección a la corriente del río, el río del tiempo, iríamos de las consecuencias a las causas, que la consecuencia es a su vez una causa. Por ejemplo, la formación del imperio mundial y colonial de Estados Unidos que está en curso (que parece que nació ahora como algo que se le ocurrió a Bush, o antes a Clinton), se entendería mucho mejor si la viéramos así. Yo no estoy negando que si Estados Unidos, sobre

todo en la segunda guerra mundial, no hubiera intervenido, tal vez Europa no estaría como está ahora. Pero Europa está plagada de bases militares norteamericanas; sólo en Italia hay más de 80 bases. Y esto tenía una intención. Es decir, del otro lado estaba el imperio soviético, terrible, que finalmente se vino abajo. Pero cuando se ha venido abajo, hubo algún intento, alguna idea, alguna sugerencia de que Estados Unidos retirara las bases militares del continente. Las bases militares allí están. Ni siquiera la Unión Soviética, extinta, degollada, pudo hacer algo. Y la guerra de Vietnam, por qué esa guerra. Y la guerra de Corea... Pero si miramos todo eso a la luz del presente, se aclararía muchísimo.

Entonces mi Tertuliano Máximo Alfonso tenía esa idea. Y llevaba una u otra razón, y es que en la enseñanza de la historia no se llega nunca al presente, y no sólo no se llega al presente, sino que uno se queda un siglo atrás. Yo acabo con una anécdota. Yo estaba en Río de Janeiro, en una charla como aquí, y un brasileño colega me dice: bueno, usted está aquí, usted que es portugués está hablando de esto, de aquello, pero parece que se olvida que vosotros nos habéis colonizado. Y yo le dije, mira, sí es cierto, pero la culpa de la situación actual del Brasil no la tengo yo, la tiene su padre. Y si quieres un culpable más cercano, pues lo tenéis ahí, el gran vecino del norte que ordena, manda y gobierna aquí. Pero como necesitáis una justificación, una coartada, la culpa se la echáis a los portugueses. El culpable, pues, es su padre. Y a la pregunta [que le hice] de si su padre estaba vivo, respondió que sí; entonces [le dije]: pídale cuentas a él.

*(Segundo comentario):*

Los periodistas deberán estar contentos porque ellos son, de alguna forma, el escalón que nos lleva a la historia. Pero hay una diferencia entre el campesino que siembra y corta el trigo, y el panadero que hace el pan. El periodista está allí, es testigo, hace un reportaje, ocurre algo, se marcha a la sala de redacción, redacta la noticia y ya está. El trabajo del historiador es completamente distinto. El periodista recoge datos; se parte de un principio, que es la base, o será la base del trabajo de un historiador, quien tiene, en primer lugar, que

contrastarlo todo; en el caso del periódico, las noticias no todas pueden ser contrastadas directamente.

*(Tercer comentario):*

Yo creo que si el historiador se olvidara un poco de que es historiador y pensara que es una persona más de una cadena inmensa, multitudinaria, un ser humano entre otros seres humanos, si se preocupara menos por los documentos, por las pruebas, los testimonios, y más por las personas que han vivido en el pasado, las cuales no están en esos documentos, en esos monumentos, (en el fondo, ése ha sido el intento más o menos logrado de los que han entrado en el territorio de la micro historia), quizá eso podría iluminar mejor la oscuridad... Si encontramos la forma de iluminar todo eso, todo ese caos humano, toda esa corriente de seres humanos (donde, por cierto, América Latina es inagotable en ese sentido), quienes han vivido allí y siguen viviendo sin presencia efectiva en la historia, y siguen siendo instrumento de la historia de otros), la historia podría volverse un poco más humana. No paralizar los hechos, escribirla de un modo que la historia sintiera que la página se está moviendo por la presencia de los seres humanos que allí se recuerdan y se explican. Quizá el historiador tenga que dibujar la historia a la manera de una ciencia, eso ya lo sabemos, pero si se desprendiera un poco de esa autoridad... No lo sé. Mas nosotros no estamos aquí para encontrar recetas... estamos para proponer ideas, discutir las, debatirlas.

El problema aquí, queramos o no queramos, es que la historia siempre es escrita desde el punto de vista de los señores, de una autoridad, de un poder. Más aún, en términos amplios, la historia es escrita desde el punto de vista masculino. ¿Se pueden imaginar qué es lo que sería la historia escrita desde el punto de vista femenino, la historia escrita desde el punto de vista de un esclavo, o la historia escrita desde los distintos puntos de vista de los actores? Nos han acostumbrado al hecho de que la historia tiene que ser de la manera en que se escribe, y no hay nada que discutir. Pero una historia escrita desde un punto de vista femenino sería distinta inevitablemente, y hasta ahora no se ha escrito. La mujer de alguna forma se ha liberado,

en distintos aspectos; con más o menos presencia, allí está, entró al mercado de trabajo. Pero hay un punto en que la mujer se puede reconocer como algo suyo, más suyo que el punto de vista masculino. Uno no puede saber en qué consiste la esencialidad de lo femenino. Por ejemplo, nosotros los hombres, para las mujeres, somos transparentes, y ellas, para nosotros, son opacas. Pero tampoco hay un punto de vista femenino único. Claro, yo no estoy pensando, o podría pensar inclusive, en la mujer que se quedó con la familia, en la casa, mientras el marido se fue a emigrar a América, de donde no se sabe si volvería o no, y curiosamente lo que se cuenta es la historia del que ha emigrado, pero no se cuenta la historia de la mujer que se quedó. Tenemos la posibilidad de plantear la historia del otro lado.

¿El punto de vista del historiador, qué es? ¿Es un punto de vista personal o colectivo? Puede decirse que personal, porque él es quien está escribiendo la historia, pero sabemos que constituye un punto de vista colectivo, del colectivo de historiadores. Y el ejemplo que yo les he dado del hombre que se fue y la mujer que se ha quedado, ésa es la historia complementaria que nos faltaría. Yo no creo que el historiador tenga que feminizarse, lo que pienso es que tiene que humanizarse. Yo tengo una teoría tonta sobre el hombre: cuando se descubrió inteligente se volvió loco, no soportó y se volvió loco.

Que las culturas indígenas [son vistas] como culturas muertas, y las culturas vivas son difíciles de reconocer, eso está claro. Porque una cultura muerta, como la egipcia, está allí, parada, inmóvil, no se mueve, mientras que una cultura viva cómo es que se puede observar con esa mirada nueva, si lo que estamos acostumbrados a examinar es culturas muertas; quiero decir, ¿qué instrumentos tenemos para hacerlo? Porque si vamos a Egipto están los sarcófagos, las momias y una bibliografía extensísima, el material, los instrumentos de que disponen los historiadores son enormes. Pero si se va a una cultura de ahora mismo, con todas esas aculturaciones y todos los cambios que se están sufriendo, esto necesitaría otro tipo de historiadores. En lugar de decir, vamos a recuperar la historia de este o aquel sector, hay que decir, vamos a oír.

Un historiador francés ha decidido en algún momento, hace algunos años, dedicarse a la novela histórica, porque ha dicho que la historia le queda corta. Es decir, yo no creo que él estuviera tratando de sustituir la historia por la novela histórica, que a su vez no podría ser escrita sin la historia. En el fondo, lo que él ha querido hacer es escribir libros que tienen que ver con la historia, relatar hechos históricos, pero al mismo tiempo intentar ir más allá, y ese intento se cumple, se organiza, por la vía de la ficción, que es complementaria. La historia necesita esto último para ser, al final (no quiero decir) más creíble, pero sí más humana, menos fría. Necesita que esa página de historia en el fondo se mueva. Y, ¿cómo se hace eso? Eso no lo sé. Por el estímulo quizá. No vamos a poner ahora a los historiadores a inventar cosas, quizá con el lenguaje, quizá... algo así..., no lo sé.

Yo puedo narrar una historia con palabras que hacen mover al texto, y esa es la diferencia entre la buena literatura y la mala. Y puede uno encontrar la diferencia entre la buena y la mala historia. Si me permitís contar mi experiencia sobre mi novela que he citado: [*Memorial del Convento*]. Se construye un convento porque un fraile ha dicho al rey: “si usted construye un convento para franciscanos, entonces Dios le dará descendencia”, y el rey dice sí, si esa es la condición. Pasando un tiempo, la reina tiene una hija, y esto es lo que cuenta la historia y está en la novela. Qué es lo que la novela propone: propone otra cosa, probablemente mucho más cercana a la realidad de un hecho. La novela propone que el fraile sabía que la reina estaba embarazada, porque la reina en el secreto de la confesión se lo ha dicho. Entonces el fraile piensa que ésta es la oportunidad para que hagan el convento. Allí está, pues, algo que pertenece a la ficción literaria, pero al mismo tiempo se vuelve algo más cerca a lo que ocurrió de lo que la historia oficial cuenta. Y yo creo que hay momentos históricos que, si los iluminamos con la luz de la razón, nos damos cuenta que significan mucho más, o mucho menos de lo que creíamos.

La historia no ha dejado de ser un género literario, un espacio literario. Cuando se habla de espacio, en el fondo es como el mar a donde afluyen todos los ríos. La novela sería desde esta perspectiva

como el mar a donde afluyen los ríos. Y, ¿esos ríos que son?: la filosofía, la poesía, la historia, la ciencia, todo eso. Es decir, la novela como una suma, la novela como un lugar donde todo afluye, el lugar con sus límites, con sus fronteras, una novela abierta al conocimiento y abierta a la historia. Entonces por esa vía, entraríamos en una especie de vaso comunicante, en que todo se comunica con todo.

### **El oficio de escritor y la construcción literaria**

**EM:** Conocer la experiencia de Saramago como escritor fue esencialmente importante para los que estábamos en el taller. En realidad, eso era una de las pretensiones principales del programa de doctorado. Sobre este punto el profesor nos dijo:

**JS:** La verdad yo soy muy poco romántico en eso del quehacer literario. Esos tópicos que circulan por allí del horror a la página blanca, eso de que el escritor tiene que ser siempre un poco marginado, que va por allí incomprendido, como una especie que no encuentra la manera de relacionarse o comunicarse con la gente común, bueno yo soy todo lo contrario. Yo soy una persona que no me gustan los vicios, no fumo, no soy de bares, mucho menos de discotecas. Me voy a la cama a horas razonables (a las 11:00, 12:30, casi 1:00 de la mañana). Pero de una cosa podéis estar absolutamente seguros, de que si está una luz en el despacho, no penséis (que me gustaría, porque sería muy halagador), que el genio está trabajando, escribiendo. No. El genio estará durmiendo y lo que ocurrió es que sencillamente al genio se le olvidó apagar la luz. Yo soy una persona (y lo voy a decir con toda la naturalidad del mundo), no interesante. No enciendo candelabros, no tengo incienso por allí, nada, nada, nada... soy aburridísimo, aburridísimo. Trabajo como una persona común que tiene algo que hacer, lo que sea, sin que tenga que rodearse de una parafernalia de estímulos. No tomo café, por ejemplo (bueno tomo café por la mañana), dejé de fumar hace 30 o 40 años... En fin, no es una cosa obligatoria que el escritor tenga que ser diferente.

No recuerdo que yo haya estado buscando un tema para una novela. Todas mis novelas surgen como una idea que aparece inopinadamente. Por ejemplo, sobre *La muerte de Ricardo Reis*, yo estaba en Berlín, y en una ocasión tenía que andar por allí, llegué al hotel, agotado, cansado, y me senté en la cama y me dejé caer así... para despertar un poco, y en ese instante como si me cayera del cielo, del techo, se me ocurre esto: “El año de la muerte de Ricardo Reis”, es decir, que a esas alturas se estaba celebrando el cincuentenario de la muerte y el centenario del nacimiento, con poca diferencia. Hay unas cuantas preguntas: ¿por qué Ricardo Reis? Un poeta, un clásico, evidentemente estético, y hay una razón probablemente al escribirlo.

Cuando yo tenía 18 años, estudiaba en una escuela técnica de formación profesional, y de allí salí, al cabo de cinco años, como mecánico (y lo he sido durante años en un taller de reparación de coches, no saco de aquí nada extraordinario). Extrañamente en esa escuela técnica tenía una asignatura de literatura (supongo que ahora no le pasa por la cabeza a nadie tener una asignatura de literatura en una escuela técnica). Ésa ha sido la semilla. Entonces yo no había pensado en el mundo literario y creí que existía físicamente un poeta llamado Ricardo Reis, lo leí y toda mi vida, bueno no vamos a exagerar, quise hablar de Ricardo Reis. Es un gran poeta y ese día me cayó del cielo, me cayó la forma de un título y eso es lo normal. Las ideas siempre se me presentan, no como ideas difusas, siempre se me presentan bajo la forma de un título. El título contiene la idea.

En el caso de *Todos los nombres* me apareció en un avión, en un viaje a Brasilia, cuando estábamos bajando del aeropuerto de Brasilia, yo había escrito antes *Ensayo sobre la ceguera* con personajes que no tienen nombre ninguno de ellos, y aparece el título de *Todos los nombres*, y la verdad es que la anterior era una novela que no tenía nombres y la otra quería tenerlos todos, claro. Pero de todos modos, en el fondo, lo que yo cargo no coincide exactamente con la propuesta que el título contiene. Por ejemplo *El evangelio según Jesucristo*, que nació así y no es... La verdad es que siempre se me presenta [el título] sin estar pensando en la literatura, como una especie de iluminación. Siempre

necesito de un tiempo, obviamente, de maduración, no soy mucho de tomar notas... No se trata de decir lo que quiera, se tiene que encontrar el tono, yo tengo que escuchar lo que estoy escribiendo. Es decir, que si lo que estoy escribiendo no me suena dentro, aquí en el oído, no trabajo...

Yo soy una persona afortunada. He escrito una novela cuando yo tenía 24 años. Quizá la ambición no la tenía, pero yo recuerdo... Mi cultura literaria yo la recibí leyendo por las noches, después del trabajo, en las bibliotecas públicas, sobre todo... Yo leía y leía sin ningún criterio, no tenía a nadie que me dijera no leas eso, no lo vas a entender, pero me ponía a leer, algo entendía y no entendía, pero algo había ganado. Pero se me ocurrió que me gustaría ser escritor. Pero tampoco tenía algo que me dijera: lo serás o no lo serás. Y nos quedamos así. Yo he entrado bien a la literatura en el año de 1973. Después escribí la novela que se llama *Claraboya*, la cual quedó inédita hasta ahora. En ese tiempo tenía relación de amistad con un editor que trabajaba en otra editora, un día le llevé el manuscrito y luego lo olvidé (no lo publicaron). Dije, bueno, se ha perdido... porque no tenía copia. Y ahí por el año de 1987 recibo una carta de esa editorial diciendo que en su archivo habían encontrado un manuscrito que era mío, la novela *Claraboya*: "nos alegra mucho y nos gustaría publicarla". Pero para entonces yo regresaba como un escritor reconocido, y les he dicho que no, no quería; entonces fui a la editora y me lo devolvieron: lo encuadernamos, está inédito y no se publicará, mientras yo pueda decir que no.

En una novela si yo digo demasiado, estoy perdiendo el control de lo que quiero decir. La angustia por escribir tiene que estar contenida en una forma, se debe llegar a un punto equilibrado. Lo que busco es sobre todo la eficacia. Y se puede pensar que eso significa de mi parte una frialdad objetiva, que significa la capacidad de controlar lo que se está escribiendo; tampoco es cierto; yo he sufrido muchísimo con la escritura de la novela, al punto de que no había una escritura tal, al punto de que tenía que cambiar, pues la angustia crecía a cada momento. Pero crecía como un caballo que tiene una fuerza tremenda,

pero que avanza, que avanza, no en galope, sino paso a paso, de manera que el lector sienta, no al caballo que pasó, sino al caballo que está pasando: es la angustia que está allí, como un martirio que va dando golpes en la cabeza, en el corazón, en la sensibilidad del lector. No es la intención de hacer sufrir a los lectores, sino que yo estoy sufriendo con ellos. Antes que el lector, yo he sufrido con esa novela terriblemente. Como cuando escribí *Ensayo sobre la ceguera*: por ejemplo, el perro que se acerca a la mujer derrumbada para lamerle las lágrimas, o por ejemplo, las mujeres en el balcón, desnudas, yo no concibo leer esas páginas sin llorar, yo mismo lloro, eso parece disparatado, porque yo soy el autor.

Vamos a ver. Los personajes son una estrella que lanza uno allí. Ciertamente nosotros la controlamos, bajamos la estrella, la subimos, pero lo que mantiene la estrella es el aire. Hay una relación entre la estrella y el aire, de tal forma que yo soy ajeno, yo sólo comando la estrella, yo no comando el aire. Esta es una forma metafórica de decir que en la relación de los personajes y la historia que se está narrando hay algo que les pertenece a ellos, sólo a ellos. Y a veces ocurren cosas más extrañas. En la novela citada, todo mundo, toda la gente está ciega. Lo que yo quiero decir con esto es la metáfora de la ceguera de la razón humana. Nosotros nos comportamos como si la razón fuera ciega. Si no fuera ciega no estuviera pasando lo que está pasando ahora. Todo el mundo se está quedando ciego, como una epidemia, sólo hay una mujer, un personaje que no es ciega, y, por qué no es ciega. Ahora aquí entra la explicación. Esa mujer está casada con un médico, hay una ambulancia que viene a recogerlo, después de que él se quedó ciego, para llevarlo a un edificio, un antiguo manicomio, para que la epidemia no se extienda en ese momento. Cuando la ambulancia viene, la mujer baja con el marido, el conductor de la ambulancia está allí en la puerta, el marido entra y ella también, y el conductor le dice: “usted no, porque yo sólo tengo la orden de llevar a los que están ciegos”. Ella contesta: “no, me tendrá que llevar a mí porque me he quedado ahora mismo ciega”. Si en ese momento, alguien me preguntara qué es lo que voy a hacer con esa mujer, yo le

contestaría, no lo se, a lo mejor cegará en el capítulo siguiente. Y lo que pasó fue que a la hora de escribir el capítulo siguiente yo me di cuenta de que todo mundo quedaría ciego, pero ella no. Y por qué ella no. Porque ella ha sido capaz de compasión, de amor, ella sigue a su marido, porque no le pasa por la cabeza que su marido se vaya así sin más, y eso es lo que hace que ella no enceguezca, y es ella la que se convierte después en el motor de la sobrevivencia, digamos, del amor colectivo, del cariño, y es ella, en el fondo, la protectora. Por lo tanto aquí está un personaje central definitivo, decisivo en la historia. Es, pues, lo más aleatorio que se puede imaginar. Y posiblemente el lector va a creer que todo eso estaba clarísimo en la cabeza del autor. No, no estaba. Son las circunstancias mismas del relato que te lo dicen; tú sabes a dónde quieres llegar, pero el camino por donde irás, eso no está claro.

Yo tengo la mala costumbre de aceptar, a regañadientes, con alguna ironía, por las academias, por las universidades, por los estudios literarios, que el narrador no existe. El narrador, desde mi punto de vista, es un personaje más. Entonces, si ésta es mi postura, entonces yo estoy plenamente involucrado, y estoy relatando en un estado de libertad absoluta, es decir, hay momentos en que yo quiero que el lector pueda darse cuenta, sin ninguna dificultad, de que la voz que está allí es directamente la del autor, que se entromete en lo que está expresando, para opinar, para decir; quizá, esto no puede ser cierto. Esto lleva a que la disposición de un autor descansa en su propia persona a la hora de escribir la aventura de la obra; disposición a aceptar todo lo que le ocurra, si puede integrarse de una forma armónica en lo que estoy escribiendo. Y por eso las ocurrencias, las asociaciones de ideas, las reflexiones sobre cada una de las cosas que he escrito, las contradicciones, todo eso que en otro autor sería trabajo fuera de lo que está narrando, en mi caso entra. La norma, lo que se espera que el autor haga, es disfrazar las obras y yo quiero que se note. No estoy puliendo eso para que no se note, al contrario. Yo quiero que el lector constantemente esté tropezando en algo que, en algunos momentos, podría no estar allí, pero que está porque yo quiero que

esté. Porque lo que yo diga de él, nada es real, eso ya lo sabemos. Yo quiero que el lector sea una presencia en el acto mismo de una novela que se está construyendo. Yo no quiero que el lector se encuentre con el edificio de la novela construida. Quiero que él sea participe, cómplice y, de alguna forma, compañero de la construcción. Entonces, al lector mis novelas le parecen como algo que está naciendo, va con sus propios ojos. No es la construcción definitiva, la cual después de terminarla, yo diga al lector: ahora puede entrar, mire qué bonito todo esto que acabo de escribir. Yo empiezo la obra y el lector entra en la obra desde el principio. Porque si nos preguntamos cuántas maneras hay de decir la palabra “No”, pues son interminables. Desde el “No” que es como una puñalada, hasta el “No” que prácticamente es un sí, y en el lenguaje amoroso sabemos que eso ocurre. ¿Cómo se expresa eso escribiendo? ¿Cómo se expresa esa infinidad de matices de una palabra? Entonces, mejor si el lector está dentro de la historia que se está narrando, entiende lo que está pasando, ni siquiera tiene que escribirlo, automáticamente está poniendo lo que uno necesita expresar, lo que en el contexto el autor ha querido significar. Esas referencias culturales, de refranes, que constantemente están apareciendo en mi narrativa, resultan de la libertad de alguien que, en el fondo, se acerca mucho a lo que hacen los narradores orales.

No hay ninguna distancia entre el autor y el lector. Tampoco sabría yo decirlo o identificarla. Cuando yo digo que no hay ninguna distancia, tampoco quiero decir que no se pueda. Pero si se me pregunta, qué es lo que yo siento a la hora de escribir, allí no hay autor, el autor no existe, yo soy la materia del libro. Y curiosamente no hay en mis novelas nada autobiográfico. Quizá una memoria, una cosa mínima. Hay un episodio [en mis novelas] que impactó mucho al lector. En una de mis novelas hay un personaje que tuvo en sus manos el cráneo de su padre, y eso es algo autobiográfico, porque obviamente yo había tenido en mis manos el cráneo de mi padre. Pero bueno, es un recuerdo que yo lo he hecho literariamente. Pero fuera de eso, no hay biografía, no hay datos, no hay cosas que yo haya vivido. La literatura es otro mundo, yo estoy fuera de ese mundo

y al mismo tiempo estoy dentro, como persona que escribo. Yo no entiendo por qué uno tiene que estar pensando en lo que ha vivido para llevarlo, para reflexionarlo, para ponerlo. No quiero decir que esto no se pueda hacer, claro que sí. Yo sólo estoy diciendo que soy incapaz, lo mío es lo mío, y nadie tiene nada que ver con lo que yo he vivido. Yo no estoy escuchando a la gente para escribir lo que está diciendo; tampoco estoy mirando si la persona en el restaurante pone el codo así o así. La verdad, cada uno de nosotros es un mundo, y un mundo suficientemente rico, suficientemente lleno; es un mundo que se ha acordado con los demás, con la vida, con la historia, con la cultura. En el fondo, cada uno de nosotros es como una galaxia, con su lógica propia, que tiene un sistema organizado, coherente; una galaxia sola en un universo donde las galaxias son miles de millones, al igual que nosotros somos miles de millones. La prueba es que estando nosotros en un pequeño planeta, en una de las galaxias que es una de las más importantes del sistema, pues hemos hecho todo esto. En primer lugar (es una convicción profunda mía), nosotros sabemos mucho más de lo que creemos. Y eso se nota en la escritura. Y uno ni se da cuenta. Y esto no significa conocimiento concreto de datos, fechas... lo que nosotros sabemos es otra cosa. Yo no sabría decir qué, pero yo sé que sabemos mucho más de lo que creemos. Lo importante es encontrar la voz, la voz capaz de decir eso. Hay que encontrar el canal apropiado. Por eso historias contadas por mi abuelo, con las quinientas palabras que tenía él, las contaba al día. Y nosotros tenemos mucho más palabras... Eso puede estar ahí, latente, esperando, esperando, esperando, y salen, y nosotros somos capaces de decir. Es como si eso fuera otro idioma que llevamos dentro, y nos faltaran piezas capaces de leer y hablar ese idioma. En el fondo lo que se necesita es buscar.

**EM:** A la pregunta explícita que se le hizo sobre su novela favorita en su producción literaria, comentó:

**JS:** Mira, no, quizá, *El año de la muerte de Ricardo Reis* sigue teniendo una resonancia particular. La importancia del tema me ha dejado una lección particular, pero no puedo decir cuál me gusta más, porque a mí me gustan todas. *La balsa de piedra* tiene algún problema, donde el lector tiene que aguantar una historia hasta el final, no reacciona el lector sino hasta el final. Me gusta mucho *El evangelio según Jesucristo*, porque es una novela que siempre quise hacer. Yo he dicho, en diferentes ocasiones, que todos los escritores deberían escribir sobre ese señor Jesús. Si no fuera por la matanza de los inocentes, yo no la habría escrito... y el fondo de esta novela es la culpa, porque el problema central es éste. Los niños son asesinados por la cobardía de José. Porque José es avisado por el Ángel que van a matar a los niños. El Ángel le dice: toma el niño, y José se va, incapaz de avisar a los demás. Pero tampoco podía ocurrir que Jesús muriera niño, porque no tendría ningún sentido que Dios mandara a su hijo a la tierra para salvar a la humanidad y el hijo tuviera que morir por un soldado de Herodes. Entonces, ¿cómo se cumpliría la misión que Dios le había encargado? No tiene ningún sentido. Jesús no podía morir. Y cuando Jesús dice, al final, cuando está en la cruz, padre, perdonadlos, porque ellos no saben lo que hacen...

### **El conocimiento y la creencia**

**EM:** El profesor Saramago siempre ha declarado ser ateo. Su argumento es que toda creencia humana, todo pensamiento, tiene que pasar por la prueba de la razón. Se le comentó que eso estaba bien, pero creíamos que en América Latina absurdo era ser ateo, como lo era ser católico. Su respuesta nos llevó a escuchar varias reflexiones sobre el tema de la religión.

**JS:** Siempre he dicho que para ser ateo como yo se necesita de un altísimo grado de religiosidad. Y esto que parece que estoy jugando

con las palabras tiene un sentido serio. Yo no creo en la presencia de un Dios y mucho menos en la presencia de un Dios creador. Lo que sí está claro, contra la tradición, contra la leyenda, es que, en el fondo, nuestra fe no es más que una referencia quijótica, no tiene nada que ver con lo que yo pienso que tiene que ser una fe auténtica, pero esa fe auténtica tendría que pasar por la prueba de la razón, del razonamiento. Y después de todo eso, tendría que encajarse en un mundo de racionalidad, aunque sabemos que la racionalidad no llega a todos. Hace pocos días un ministro del gobierno portugués habló sobre el asunto del chapopote que contaminaba el mar; pues este ministro de defensa, conservador, reaccionario, ha declarado en una entrevista, con toda la seriedad del mundo, o con la seriedad de él, que si el chapopote no había contaminado las playas de Portugal había sido por la intercesión de la virgen de Portugal. Esto, desde luego, nos llevaría a una carcajada, mas es serio, una burrada del señor, pero una burrada que hay que tomarla no en broma, sino al contrario, porque eso significa algo, que en la creencia de este señor la virgen, (pobre virgen...) de Galicia, su plan era echar el chapopote hacia el sur, y la virgen de Portugal, echar el chapopote hacia el norte. A lo mejor una era más virgen que la otra y la que era más virgen ha ganado.

En el mundo, como en América, la creencia hacia las imágenes como la virgen de Guadalupe, en el fondo, no pasa de ser una referencia icónica. Nosotros, con todo el respeto, tomamos muy en serio a la persona que lleva un crucifijo... El catolicismo se ha impuesto por la violencia, la obligada sumisión de los pueblos ha hecho de la religión católica en América algo que en el fondo se toma como algo muy en serio. En el sentido etimológico de la palabra, la religión es una utopía. En ese sentido entra todo: el universo que no conocemos y no conoceremos nunca, ni siquiera las cercanías, ni siquiera la vía láctea del universo (donde hay un agujero negro que está absorbiendo todo, hay estrellas con luz que son un espectáculo), entonces, Dios es todo eso. Además, qué hace Dios en un universo como éste, qué hace con su creación más importante, el ser humano. La atención del universo sólo tiene sentido en lo que Dios ha creado, es decir, el hombre ha sido creado para el universo y no para que éste lo destruya.

El absurdo de la situación. Algo que se convirtió en tema de pintura, de poesía: los niños de Jerusalén, asesinados por el malvado rey Herodes. En primer lugar no tiene sentido la existencia de un mártir de una religión, 32 años antes de que su creador o fundador haya dicho la primera palabra, puesto el primer ladrillo de su construcción, de una creencia nueva, de una fe y, con posterioridad, de una Iglesia. En segundo lugar, el absurdo se multiplica cuando está clarísimo que Jesús no podía morir en esa matanza. No podía porque sencillamente iba en contra del plan de Dios. Porque si Dios había mandado a su hijo a la tierra para redimir los pecados del hombre, cómo podía ese niño morir, si sólo podría cumplir la misión de Dios cuando llegara a la edad adulta; eso es completamente absurdo. Y si hablamos de Caín y Abel tenemos un absurdo más... Las cosas tienen que ser lógicas. No podemos hacer nada que esté sobre la lógica. Tampoco yo estoy pensando en una especie de construcción ideológica o social, todo ello como un bloque. Eso no existe entre los humanos, claro. Pero que se siguen repitiendo mentiras, falsedades, ése es el problema. La religión es, como muchísimos otros aspectos, relativa. Entonces, nadie puede decir que el niño Jesús está en riesgo de perder la vida. No podía, porque entonces qué es lo que haría Dios. Al hijo lo manda a la tierra con una misión. El niño tiene que crecer, cómo iba a ser asesinado. No tiene ningún sentido. Es por el hecho de este absurdo que *El Evangelio según Jesucristo* está hecho así. No son palabras nuevas, pero es una mirada nueva. Yo lo miré de una manera distinta y por eso el libro tiene el sentido que tiene. La negación del hecho mágico, trascendental en todo eso, y la asunción de la humanidad profunda de todos esos personajes: Jesús, José, María, el Diablo...

Recuerdo el milagro que Jesús ha hecho del otro lado del mar. Ese hombre que vivía en el cementerio, con esa cantidad de diablos dentro; curiosamente la primera vez que el Evangelio va a decir que Jesús es hijo de Dios, es por boca de los diablos que están dentro de ese hombre. Porque cuando Jesús se acerca para expulsarlos, dicen: "no nos tortures, hijo de Dios". Hasta entonces, nadie, ni el propio Jesús sabía que era hijo de Dios. Luego, lo que viene después de esto

es la intimidad total del milagro. Jesús no se intimida. Los expulsa. Pero antes, los diablos le piden que les permita entrar en un grupo de cerdos que andan por allí. Jesús les dice que sí. Los diablos entran en los puercos que estaban tranquilamente (claro, no se esperaban algo así), y se disparan locos, y precipitan al mar. Yo no sé si alguna vez han visto cerdos nadar, llevan las orejas paradas, en el aire, no tumbadas, porque si el agua entra por sus orejas se ahogan. No sé cómo saben. No sé si alguna vez a alguno se le olvidó y se ahogó y los otros miraron y dijeron, bueno este..., entonces qué es lo que pasa. Los diablos son expulsados, entran en los cerdos que se precipitan al mar; los cerdos se ahogan; los diablos no, porque son inmortales; salen y quedan libres para volver a entrar en el hombre. Claro que todo esto se mira con frialdad gótica... Pero bueno, volvemos a lo mismo, con estas y otras historias y leyendas se ha construido, edificado, no sólo una religión, sino también una cultura y también una civilización. Pero lo importante aquí es la presencia del Diablo en la historia, porque al Diablo allí se le confunde con un Ángel, se le aparece a María cuando está embarazada, como un mendigo, un pordiosero; luego María sospecha que algo está pasando. Y cuando el Diablo, más tarde, vuelve a aparecer y María le pregunta: y cómo es que mi hijo ha sido concebido, la novela hace saber que José tenía con María una relación sexual, y entonces es Dios quien ha mezclado su semen divino al semen humano. Pero, esas son otras historias que yo he añadido a la historia que tiene todas esas incoherencias.

Vamos a ver. Yo creo que nadie puede acusar ni a mí ni a otros de utilizar la Biblia como una metáfora política, porque si lo hacemos no estaríamos haciendo nada diferente de lo que se ha hecho a lo largo de toda la historia. La Biblia, convertida no sólo en guía de la acción personal, ha abierto sus tentáculos, su perfil de acciones políticas, de acciones militares, de carnicería, de la inquisición, del santo oficio. Lo que pasa es que desde el punto de vista del pueblo de Israel, o de los que lo orientan, lo condicionan y promueven, solamente se puede interpretar con los datos históricos. Pero nosotros, como no somos de ahí, nos está prohibido entrar en el tema, y eso no puede

ser. Lo que yo he escrito, ellos lo han tomado como una ofensa personal, pero no tanto eso; yo he dicho en Granada algunas cosas que no les han parecido. Eso es lo que ha desatado la furia, los odios. Yo era el escritor más vendido en Israel, no estoy hablando del escritor extranjero que vendía más libros, sino el que vendía más libros, comparado con los escritores israelíes. Y la relación que ellos creían tener conmigo, o que se habían inventado. Supuestamente, desde el punto de vista de ellos, la relación que yo debía tener con Israel, con el pueblo de Israel..., los ha llevado a inventar. Por ejemplo, dijeron que yo había escrito *Ensayo sobre la Ceguera*, pensando en el holocausto. Pero jamás me pasó por la cabeza, a la hora de escribir esa novela, que podía ser interpretado como una alusión directa al holocausto. Y como si eso no fuera suficiente, se inventó que yo había escrito una de mis novelas en Israel. Y yo he estado una vez en Israel, tres o cuatro días, y no he escrito ni una sola palabra.

Ahora bien, se me dice que yo utilizo lo que en la Biblia a mí me es contradictorio, absurdo, irracional, y por tanto reúne las condiciones para pedir un examen atento. El problema es que hay un significado inmóvil y... ¿tenemos que quedarnos allí? Nos han hecho pensar que todo esto es simbólico, y por lo tanto, lo mejor es no mover mucho el símbolo, de lo contrario éste empieza a descomponerse. Pero lo importante es ver cómo, a partir de algo que no puede aspirar a nada más, sino a tener un significante simbólico, se construye lo que se construyó. Entonces, el derecho al libre examen de lo que está allí nos pertenece a todos. Y ellos no pueden decir, esto de aquí es nuestro, ustedes, si queréis hacer referencia a nosotros, deben decir que hemos sufrido mucho a lo largo de la historia, pero no tienen que tocar el tema en esto... Y no. Ellos componían lo mismo: desprecio por el otro, humillación del otro, todo lo que está pasando en Palestina, en lo que se refiere a la postura mental israelí en relación al pueblo palestino, se parece muchísimo a la postura mental de los nazis en relación a los judíos en Alemania, Polonia y los diferentes campos de concentración (las detenciones, la quema de los judíos, todo eso), no hay ninguna diferencia (la diferencia es cuantitativa, claro). Yo tengo, por ejemplo,

una correspondencia muy continuada con un poeta y novelista israelí que está allí escribiendo, exigiendo la paz, el respeto por los derechos del pueblo palestino. Los judíos que merecen todo mi respeto, el respeto de todo el mundo, ya no están aquí, han sido torturados, asesinados en los campos de concentración, y no sólo eso, sino que a lo largo de la historia han sido robados, dilapidados, ellos. [Ahora]... una vez convertidos en rentistas del holocausto, los judíos viven con esa idea terrible de que por el hecho de haber sufrido, están obstinados en hacer sufrir a los demás. Pero para ellos ningún sufrimiento sobre la tierra se compara con lo que ellos han sufrido. Pues esto no es cierto.

De Israel me habían invitado a integrar una sociedad... y yo he dicho que no. Justifiqué diciendo que el día en que se pronunciara una palabra en defensa del pueblo palestino, el día en que eso ocurriera yo tendría el mayor gusto en aceptar: “cuando vosotros os dignéis en decir de que hay un pueblo allí que estamos martirizando, que al igual que nosotros han sido martirizados, cuando se les quite de la cabeza esa idea del gran Israel, y que para ello deberán ser expulsados todos los palestinos...”.

Pero ellos me han dicho: usted no entiende, usted no puede entender nuestra vida, nuestra lucha, nuestra historia, en el fondo la lucha de David, nosotros somos pequeños, somos pocos, la lucha de David contra Goliat. Y en ese instante, como una iluminación que baja del cielo, les dije: pero Goliat no llegó a poner ni un dedo, ni una mano en David. ¿Por qué? Y yo mismo di una respuesta: porque David tenía una pistola (claro, no era una pistola, era una honda, pero por ese tiempo, la honda hacía lo que se hace ahora con la pistola). Cuando Goliat se estaba acercando, David agarra una piedra, la pone en la honda, y ¡Fu!, se va la piedra a la frente de Goliat y éste cae desmayado, se supone. ¿Quién era el más fuerte? El pequeño David estaba armado, con un arma que el otro no tenía. Si éste hubiera tenido el arma, entonces a lo mejor David hubiese caído. Yo no puedo estar presumiendo que fui el primero en pensarlo, pero si alguien lo hubiera pensado ya esto se sabría. Hubo de ser necesario que yo escribiera un artículo para decir que los David de ahora no tienen hondas, tienen

tanques, y esto, los de Israel no me lo perdonan y no me lo van a perdonar nunca, y yo tampoco puedo pedir que me disculpen, nada de eso, porque yo tengo mi razón y mi razón es ésa.

El primer ministro [Ariel] Sharon compró 200 ejemplares de *Ensayo sobre la ceguera* y los distribuyó con sus colaboradores, y esto muestra hasta qué punto Israel, los israelíes, me tenían en cuenta. Para ellos yo era... bueno, yo no puedo decir qué era yo, pero dejo para vosotros estos datos para que tengan una idea lo que ha significado la persecución del escritor a quien tanto querían, a quien tanto leían, que le escribían cartas y todo eso.

Seguramente hubo un tiempo en que la tierra no tenía dueño, andaban por allí unos cuantos: el prehombré. Bueno la paleontología, la antropología, la arqueología han explicado mucho lo que ha podido ser en ese tiempo la vida humana. Pero hubo un día en que alguien con palo ha hecho así, y ha dicho: esto es mío. A lo mejor los otros no lo tomaron en serio, pero insistió y contrató unos cuantos más dóciles para defender su propiedad. Bueno, si la situación era esa, otros hicieron lo mismo. Y de paso en paso, de época en época, aparecen las leyes, la protección, la propiedad personal y privada, la policía... Si pasamos esto a la religión, evidentemente su planteamiento es ése. Y al inventar está creando las condiciones para que de invento en invento se llegue hasta un sistema, a una maquinaria, que es el caso de la teología, de la religión ideológica y todo eso. Cuando aparece esa pregunta inicial de quién soy yo, qué es lo que pasará conmigo cuando yo me muera, el más allá, se inventan algo. Y eso pasas a creerlo. Tú no tienes ningún motivo para creerlo, pero creerás, y en el fondo todo eso se puede narrar, entender, escribir en términos históricos. Y claro que la historia, desde cualquier punto de vista, puede incorporar, abrir sus puertas a todo eso que se mantiene fuera de la historia. Pero, incluso para hablar de lo irracional, sólo tienes el instrumento de la razón. El irracional no sabe reflexionar sobre sí mismo. Esa es la trampa en que caen todos los irracionales, que dicen: la razón es limitativa, autoritaria, sí, lo será. La religión puede servir para muchísimas cosas: para el arte, para las televisiones, las

leyendas, es decir, todo lo que quieras, para encontrar, para construir o para inventarse una esperanza de vida en el más allá (que sabemos no tiene ningún sentido). A la hora en que el cuerpo se apaga, se apaga porque el alma no puede existir. Porque entonces, si existe una cosa que llamamos alma, entonces habrá una entidad que siempre está fabricando almas para introducirlas en los cuerpos de la gente que va naciendo, porque ahora somos más de seis mil millones de personas y hace dos siglos nos encontramos que éramos muchísimo menos y cada uno de nosotros teníamos un alma, pero vemos que la población aumenta, y a dónde se van a buscar almas... no tiene sentido. Claro que hay cosas que no entendemos, pero si podemos encontrar explicaciones, si podemos ordenarlas con el conocimiento que tenemos, entonces podremos encontrar más o menos un sentido.

Pero querer introducir ahí algo que por el hecho de que no es parte de mí, se nos impone como una especie de misterio sagrado, lo irracional. Lo irracional es sólo lo que no se conoce, no es más que eso. Pon un avión en el siglo XII pasando por el aire y la gente dirá que está pasando un ángel, porque nadie más podía volar sino un ángel. Esas pinturas sacras, que pintan una luz que pasa entre las nubes, esa luz mágica, con los crepúsculos, el chorro de luz que baja, no era el propio Dios, o una manifestación de Dios; sencillamente el sol estaba en una posición, que las nubes se separaron un poquito y por ahí la luz entró. Veamos el caso de Santa Teresa. Hay una escultura de ella que la representa con un gran dolor, pero probablemente lo que Santa Teresa había tenido era sencillamente un infarto de miocardio. No es que yo esté racionalizando, y por lo tanto rebajando el misterio, no lo estoy, solamente quiero entender. Claro está, yo sí permito la posibilidad de estar equivocado. Pero lo que pido a los demás que, al igual que yo, admitan estar equivocados. ¿A dónde iríamos si seguimos aceptando cosas que no son racionales? ¿Los que se mueran van a volver como todo el árbol genealógico de cada uno de nosotros? ¿Vamos a conocer los antepasados, los ancestros más remotos? ¿Hasta el mono? ¿Hasta la bacteria? ¿La nada?

El conocimiento es una cosa y la creencia es otra. La creencia en el fondo es una forma de conocimiento. Es un conocimiento que no se reconoce como tal, pero lo es. Y el conocimiento, por más objetivo que sea, está empapado de creencias. El conocimiento no excluye automáticamente las creencias del otro. Sedimentos de creencia las llevamos siempre... Cuesta trabajo admitir que una parte del cerebro se ocupe de las creencias y otra parte se ocupe del conocimiento.

Una obra de teatro que yo pude ver sobre el conflicto entre los católicos y los protestantes en el siglo XVI hace patente hasta dónde puede llegar la locura religiosa en la cabeza: hasta la barbarie, la carnicería, todo en nombre de Dios. Y todo ese mundo de gente que anda por allí no se da cuenta de una cosa tan sencilla: que matar en nombre de Dios es hacer de Dios un asesino, y no me vayan a venir con teorías, ni con teologías, ni con todo eso. Yo pienso en miles de millones de hombres y mujeres que salieron del mundo, se fueron a un convento o monasterio y se quedaron allí toda la vida, renunciando a la vida, supuestamente para ganar el cielo. Eso es un absurdo. Yo no creo sencillamente. Yo tengo todo el derecho del mundo de analizar, opinar, criticar, etc. Las religiones no han servido nunca para acercar a los seres humanos unos a los otros, todo lo contrario. Y se va a matar al otro en nombre de Dios, porque el otro tiene otra creencia. Parece que la gente no se da cuenta que si hay Dios, solo hay un Dios, y da igual como lo represente: como la montaña, el sol, la luna o el tigre, o un señor puesto en una cruz, da igual. En el fondo es, una vez más, no aceptar al otro. No aceptamos al otro por el color, por la cultura, por lo que come, por el idioma, por lo que sea, y por su creencia y en eso somos monstruos.

Claro es que lo que nosotros llamamos crueldad no existe en la naturaleza. En la naturaleza los más bestiales, los más salvajes, no son crueles, son así, punto. La crueldad es una invención del ser humano. Se necesita ser dotado de razón para inventar la crueldad. Y una razón que inventa la crueldad, y no sólo la inventa sino también la usa y la aplica, es necesariamente una razón ciega, en el sentido de que no es una razón que defienda la vida, que la proteja; al contrario,

uno se sirve de su capacidad racional y racionalizante para torturar. Cuando yo hablo de la razón yo no estoy diciendo que la razón es la *hostia*, el uso de la razón es lo que hace la razón justa o injusta, porque incluso, la razón puede ser monstruosa. Los científicos que elaboraron todo el proceso de exterminio de judíos, comunistas, gitanos, homosexuales, etc., en los campos de concentración, lo realizaron con su razón y no con otra cosa, porque la razón da para todo, sirve para todo. El único instrumento para analizar sobre lo que sea es la razón. Incluso cuando uno hace algo en nombre de una creencia y por causa de una creencia, lo que está usando para eso no es la creencia, sino la razón que usa la creencia. No tenemos nada más, incluso si quieres impresionar sobre el irracionalismo tienes que usar palabras que han sido creadas por la razón, por la capacidad creativa de la cabeza donde está todo, porque fuera de la cabeza no hay nada. Incluso el mundo, la realidad, es como es, porque nosotros tenemos los sentidos que tenemos, si tuviéramos otros sentidos, pues...

## Otros datos

### *Sobre el tiempo*

**JS:** Estos debates sobre el presente, el futuro y el pasado olvidan lo que para mí es una realidad. Yo entiendo que no existe más que pasado. El futuro, si no ocurrió, no existe. Ahora bien, si yo mañana me muero, el futuro para mí se acabó, pero el futuro se concreta en la realidad de lo vivido. Entonces, el futuro es algo que sencillamente está, ni siquiera esperando: vamos a ver, el pasado está en algún lugar, el presente está aquí y el futuro es lo que todavía no se ha andado. Esto supondría que el tiempo ya estaba ahí, desde siempre, y por tanto sólo tendríamos que vivirlo. Pero cómo es eso que puede ser un tiempo predeterminado. Es decir, un tiempo que la conciencia humana tendría el talento de dividir en pasado, presente y futuro. Yo creo que para un niño, si se le habla de tiempo, diría que el tiempo está contenido en el reloj. Un

niño totalmente inocente de todas estas dudas que tenemos diría: el tiempo está aquí, una cosa que se mueve, incluso podría razonar que esa cosa que se está moviendo es la que fabrica el tiempo. O el tiempo estaría contenido dentro de una máquina misteriosa, que lo tiene dentro. Sabemos que no es así. Pero lo que parece mejor, incluso para nuestra sanidad mental, será pensar que el tiempo no pasa, está allí. Porque si yo invento una máquina, le doy cuerda y la pongo a trabajar, en ese momento yo hago una relación directa entre el funcionamiento de esa máquina y lo que supuestamente ella está expresando de algo exterior a sí misma que es el tiempo.

Cuando cae la arena del reloj, tenemos la percepción, casi física, de que el tiempo está pasando. ¿Pero quién me dice a mí que el tiempo está pasando? Y para resumir, para mí sólo existe pasado. En estos momentos, todo lo que he dicho ya pertenece al pasado. Y esta palabra pasado ya es algo que tiene una parte que ya es pasado de otra que es la presente, mínima, minúscula, que es una parte de una sílaba que estoy enunciando que inmediatamente se convierte en pasado. Es como si el pasado fuera algo que engulliría permanentemente todo lo que viene. Son los conceptos que cambian. Yo creo que nadie lo ha expresado mejor que Borges. Él inventa un autor que decide escribir el Quijote. Dirán que eso es una estupidez, porque el Quijote ya está escrito. Pero el autor dirá: no, señor, él lo va a escribir. Y emprende una tarea enorme, tan enorme que lleva años. Pone al Quijote ahí, y lo copia con mucha atención, lo está copiando palabra por palabra, muy consciente de lo que está haciendo y no sólo consciente de lo que está haciendo sino también consciente de que no está escribiendo el mismo libro. Y esto es la respuesta a la pregunta. Porque, por ejemplo, cuando en el siglo XVII Cervantes escribe la palabra *justicia*, a la hora de estar en el siglo XX el señor que está copiando el Quijote y escribiendo la palabra *justicia*, la palabra es la misma, pero ha cambiado. No es que haya cambiado en su contrario, la justicia de entonces no se convirtió en injusticia ahora, o quizá sí, pero no es ése el tema. El tema es que la palabra es la misma. Cervantes la escribió y el señor la está escribiendo, pero escribiendo otra cosa. Y si Borges lo ha explicado así, es porque efectivamente es así.

*Sobre la censura*

**JS:** Sobre la censura no es que haya un código. Quizá se sabe que algunas cosas, algunos latiguillos, algunas frases, están ahí en lugar de otras. Por ejemplo, hay un caso especialmente extraordinario. Una revista de izquierda, en los años cincuenta, publicó una serie de artículos sobre economía política. Aparecía, con mucha frecuencia, una autoridad en la materia que era un señor que se llama Carlos Márquez, y el lector tenía que saber (eso después de pasarse de boca a oreja), que aquel Carlos Márquez era Carlos Marx. Y se ha engañado, mediante la censura, a coroneles y capitanes jubilados del ejército. También recuerdo una noticia en que se conmemoraba el día internacional del niño. Quitaron “internacional”, porque decir “día internacional del niño” el sistema temblaba. Y hay la otra censura, quizá la más perversa, que es la censura que el periodista hace para defender su puesto de trabajo. Entonces, es como si alguien estuviera por detrás, mirándolo. Él es el autor del texto, y al mismo tiempo, su censor.

Yo no sé que pase con otros escritores, pero un editor que se permitiera hacerme una sugerencia, decir que la novela es larga o que es corta, o que el capítulo X no le gusta, o que le gustaría que en lugar de decir sí debe decir no, o al contrario, ese editor a mí no me gustaría. Sabemos que hay un tipo de literatura que consiste en esto: el editor llama a un escritor y le dice: mire, tengo aquí un tema y me convendría que tú lo trataras en 300 páginas; tienes que meter sexo en cantidad razonable, 30 %, y 15% de violencia, para que no sea demasiado. Entonces el autor va a su casa a escribir la novela. Pero esto ocurre en literatura de consumo. Ahora. Si la novela es buena, es mala, eso es lo que menos importa. Entonces, no puedo creer que un editor sea responsable (por muy industria cultural de que se trate), si se permite decir a un autor, a quien respeta, alguna sugerencia. Pero, en principio, una intervención de éstas no ocurre. Lo que sí puede ocurrir es esto: el editor puede aconsejar al autor, pero eso es otra cosa. Un libro que yo entrego se publicará exactamente como yo lo entregué. A veces hay

capítulos largos, que tienen ese “espaguetti”, que no nos lleva a ninguna parte, y entonces el editor puede sugerir: mire, este capítulo que tiene cosas raras, quítale alguna de esas páginas, pero ese es otro cuento; ya son sugerencias que apuntan a la mejora del libro.

*Sobre América Latina*

**JS:** Yo creo que hay algo. América Latina debe liberarse de la tutela de Estados Unidos. Si no se libera, todo lo que se haga estará siempre condicionado por los intereses de éstos y por lo que a Estados Unidos le importa de ese territorio. Claro que lo mismo se podría decir de cualquier otra región del mundo. Debe liberarse de las oligarquías que explotan cada país, de esa especie de segundo colonialismo, que explota a la gente por las mismas razones y con los mismos objetivos que lo hicieron los países colonizadores: España y Portugal, que sacaron el oro y los diamantes para traerlos a Europa. Y las oligarquías nacionales [ahora] sacan todo eso, para ponerlo en Suiza.

